

humana es el fluir de la vida divina, la comunión de la vida divina. Este cuadro muestra que la vida divina fluye en la naturaleza divina para colocarnos en una posición de sujeción a la administración divina de Dios.

Sus puertas son perlas, las cuales representan el fruto de la secreción producida por la muerte de Cristo, una muerte que nos redimió y que liberó la vida, y por la resurrección de Cristo, la cual nos imparte dicha vida

Sus puertas son perlas, las cuales representan el fruto de la secreción producida por la muerte de Cristo, una muerte que nos redimió y que liberó la vida, y por la resurrección de Cristo, la cual nos imparte dicha vida (21:12b-13, 21a).

Su muro y sus cimientos son piedras preciosas, las cuales han alcanzado su consumación mediante la obra de transformación y edificación que realiza el Espíritu

Su muro y sus cimientos son piedras preciosas, las cuales han alcanzado su consumación mediante la obra de transformación y edificación que realiza el Espíritu (vs. 18a, 19-20). Éste es el edificio del magnífico Dios-hombre corporativo y consumado, la Nueva Jerusalén, la cual está siendo edificada hoy.—E. M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

La obra que corresponde al edificio divino (Mensaje 9)

Lectura bíblica: Ef. 2:21-22; 3:17a; 1 Co. 3:6-17

- I. La obra que corresponde al edificio divino se lleva a cabo mediante la renovación y la transformación—Ro. 12:2; 2 Co. 3:18; 4:16; Ef. 4:23; Tit. 3:5:
 - A. Tenemos que ser renovados y transformados, y luego podemos llevar a cabo la obra de edificación—Ro. 12:2; Ef. 4:12, 23, 16:
 1. Ser renovados significa que el elemento de Dios es añadido a nuestro ser, de modo que nuestro viejo elemento es reemplazado y desechado—2 Co. 4:16; Tit. 3:5.
 2. El Espíritu que renueva se ha mezclado con nuestro espíritu regenerado como un solo espíritu mezclado a fin de extenderse a nuestra mente y renovar todo nuestro ser—Ef. 4:23.
 3. Al ser renovados, somos trasladados de la esfera de la vieja creación a la esfera de la nueva creación para ser el nuevo hombre que habrá de cumplir el propósito eterno de Dios—2 Co. 5:17; Ef. 4:24; Col. 3:10.
 4. La transformación es la función metabólica que desempeña la vida de Dios en nosotros; la transformación se efectúa a medida que el elemento de la vida divina es añadido a nuestro ser a fin de que expresemos manifiestamente la imagen de Cristo—2 Co. 3:18.
 5. La transformación tiene como fin efectuar la reproducción en forma masiva del Hijo primogénito de Dios, quien es el prototipo de un Dios-hombre, para que seamos moldeados conforme a la imagen divina y lleguemos a ser exactamente iguales al Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:29; He. 2:10.
 - B. La renovación redundante en la transformación, y la transformación redundante en la edificación; la edificación del muro de

- jaspe de la Nueva Jerusalén se lleva a cabo simultáneamente con la transformación—Ro. 12:2; Ap. 21:18a.
- II. La obra que corresponde al edificio divino consiste en que los creyentes crezcan en la vida divina y sean unidos unos con otros en la vida divina—Ef. 4:15-16; 2:21:
- A. Cuando crecemos en la vida divina y somos unidos unos con otros en la vida divina, llegamos a ser parte del edificio—v. 21.
 - B. La iglesia es edificada como casa de Dios mediante el crecimiento de los creyentes en la vida divina; el crecimiento en vida equivale a la edificación—1 Co. 3:6-9, 16-17; Ef. 4:15-16.
 - C. Las tablas del tabernáculo tipifican el hecho de que los creyentes, al ser unidos unos con otros, llegan a ser la morada de Dios; las barras representan al Espíritu inicial que llega a ser el Espíritu que une, el cual une a todos los miembros de Cristo en un solo Cuerpo—Éx. 26:15, 26-29; Ef. 2:21-22; 4:3-4:
 1. En el Espíritu que une no solamente se encuentra el elemento divino, sino también el elemento humano; por tanto, tenemos tanto divinidad (la unidad del Espíritu) como humanidad (la acción de guardar la unidad)—Éx. 26:26a, 29b; Ef. 4:2-3.
 2. Las barras que unen no representan solamente al Espíritu Santo, sino al Espíritu Santo mezclado con el espíritu humano—1 Co. 6:17; Ro. 8:4.
 3. Las barras que unen representan al espíritu mezclado, esto es, al Espíritu divino con el espíritu humano que al mezclarse llegan a ser el vínculo de la paz—Ef. 4:3.
 - D. Los miembros del Cuerpo, al asirse a la Cabeza, son entrelazados unos con otros; los miembros del Cuerpo no se relacionan directamente entre sí, sino indirectamente, esto es, a través de la Cabeza y al estar sujetos a la Cabeza—Col. 1:18; 2:19.
- III. La obra que corresponde al edificio divino consiste en que los creyentes sean edificados conjuntamente en Cristo hasta convertirse en la morada de Dios; dicha obra es realizada por el Espíritu en el espíritu de los creyentes, el cual ha sido ocupado por Cristo, y estos dos espíritus se mezclan como un solo espíritu—Ef. 2:22; 1 Co. 6:17:
- A. Efesios es un libro que trata del Cuerpo de Cristo, y en cada capítulo se encuentra un versículo acerca del espíritu humano; esto indica que el Cuerpo está absolutamente relacionado con

- nuestro espíritu regenerado—1:22-23, 17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18.
- B. Nuestro espíritu, la Jerusalén actual —el lugar donde el Dios de nuestro espíritu mora— es universalmente extenso, pues incluye no solamente nuestro espíritu, sino también los espíritus de todos los santos—Ro. 8:16; Nm. 16:22; He. 12:9; Ef. 2:22.
- IV. La edificación se lleva a cabo mediante la operación del Espíritu, quien reparte a cada miembro diferentes dones para la edificación del Cuerpo—1 Co. 12:4, 7-11:
- A. El Dios Triuno actúa en los creyentes para llevar a cabo Su propósito eterno, que consiste en edificar la iglesia, el Cuerpo de Cristo, con miras a la expresión de Dios—vs. 4-6.
 - B. La manifestación del Espíritu es “para provecho”, esto es, para el crecimiento en vida de los miembros del Cuerpo de Cristo y para la edificación del Cuerpo—v. 7.
- V. La obra de edificación efectuada con oro, plata y piedras preciosas será recompensada por Cristo a Su regreso—3:12-17:
- A. La obra central de Dios es forjarse, en Cristo, en nuestro ser, de modo que Él mismo llegue a ser uno con nosotros y nosotros lleguemos a ser uno con Él—Gá. 1:15-16a; 2:20; 4:19; Ef. 3:16-17a:
 1. El elemento intrínseco de la obra que corresponde al edificio divino consiste en que el Dios edificado y que edifica, sea ministrado a otros para la edificación del Cuerpo de Cristo—Mt. 16:18; Ef. 3:17a; 4:4, 12, 16.
 2. La única obra del ministerio tiene como fin llevar a cabo la economía de Dios, que consiste en forjarse en el hombre con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén—3:9-11; 4:11-12; Ap. 21:2.
 - B. La obra con la cual Dios esté dispuesto a comprometerse totalmente debe tener cuatro características esenciales—1 Co. 15:58; 16:10:
 1. Se debe tener una revelación del propósito eterno de Dios—Ef. 3:11.
 2. Dios mismo, no nosotros, debe ser la fuente de la obra y Aquel que la inicia—Mt. 15:13; 1 Co. 8:6:
 - a. Dios es el Padre, y todo procede de Él—Ro. 11:36.

- b. En nuestra obra debemos evitar caer en el pecado de la presunción: el pecado de actuar independientemente de Dios para hacer algo que Él no ha ordenado y empezar una obra que Él no nos ha mandado hacer—Sal. 19:13; Nm. 18:1-7.
- 3. La obra de Dios únicamente podrá continuar y avanzar por el poder de Dios, no por nuestro poder—2 Co. 3:5; Fil. 3:10.
- 4. El resultado de la obra de Dios redundará en beneficio de la gloria de Dios, no de nuestra gloria—Jn. 7:17-18; 8:50; 12:43; Ef. 3:21.
- C. Si al edificar la iglesia realizamos nuestra obra en virtud de nuestro hombre natural (madera), de nuestro hombre caído y carnal (heno) o de cualquier cosa que proceda de una fuente terrenal (hojarasca), dicha obra será consumida por el fuego—1 Co. 3:12-13, 15.
- D. Cada uno de nosotros debe mirar cómo edifica la iglesia; debemos ser de aquellos que edifican con la Trinidad Divina, es decir, con los materiales preciosos y transformados—vs. 8, 10, 12-13.

MENSAJE NUEVE

LA OBRA QUE CORRESPONDE AL EDIFICIO DIVINO

Oración: Oh, Señor Jesús, nuestro Amado, te amamos. Abrimos nuestro corazón y nuestro espíritu para que nuestro amor por Ti pueda fluir libremente. Te amamos con el primer amor y con el mejor amor, el amor que te da la preeminencia, el primer lugar, en todas las cosas. En este mensaje es nuestro deseo que Tú tengas el primer lugar, que tengas la preeminencia en el corazón y en el espíritu de cada lector. Te amamos de manera suprema, absoluta y sin reservas. Te amamos por el edificio de Dios y en el edificio de Dios. Debido a nuestro amor por Ti, deseamos edificar junto contigo aquello que te has propuesto en Tu corazón. También deseamos relacionarnos contigo como nuestro Salomón resucitado y ascendido. Tú estás en el trono de Dios en los cielos, y moras en nuestro espíritu para dirigir la obra de edificación de la casa de Dios. Te damos gracias, Señor Jesús-Salomón, porque no estás trabajando solo. Al menos en cierta medida Tú cuentas con Tu sulamita, Tu réplica, aquellos que son uno contigo en vida, en naturaleza, en constitución, en expresión y en función. Permítenos compartir contigo el mismo corazón, el mismo motivo, el mismo deseo y la misma meta. No tenemos otro interés que edificar la casa de Dios, el Dios-hombre corporativo, el cual dará consumación a Tu economía eterna.

Señor, queremos decirte que te necesitamos mucho, no solamente como Dios en la Deidad, sino también como el Dios de la casa de Dios; es por eso que abrimos nuestro ser a Ti, El-bet-el. Impártenos Tu abundante suministración por causa de Tu edificio. Descansamos completamente en Ti. No nos esforzamos por hacer nada en nosotros mismos, por nosotros mismos, ni para nosotros mismos; antes bien, somos regidos por la visión de que Tú ya lo has hecho todo. Tú levantaste el templo al tercer día. Juan ya vio descender la santa ciudad, Jerusalén. Nosotros estamos entrando en la obra de Dios al disfrutarte, al ser uno contigo y al laborar contigo. Considera nuestro corazón y nuestro espíritu. Considera la obra que Tú has estado haciendo en las profundidades de nuestro ser y sé uno con nosotros, así como nosotros somos uno

contigo. Deseamos que Tus palabras sean nuestras palabras, y que cuentes nuestras palabras como si fueran Tuyas. Haz que todos seamos uno contigo de manera intrínseca. Te damos toda la gloria, y esperamos ver el día en que Tu gloria llenará Tu casa. Incluso ahora mismo decimos: “A Ti sea la gloria en la iglesia”.

DIEZ REQUISITOS PARA HACER LA OBRA QUE CORRESPONDE AL EDIFICIO DIVINO

Hay diez requisitos que son necesarios para realizar la obra que corresponde al edificio divino. Estos diez requisitos nos proveerán el contexto general para este mensaje, que trata sobre la edificación que corresponde al edificio divino.

Es necesario ver que el edificio de Dios es un Dios-hombre

Si deseamos realizar la obra que corresponde al edificio divino, es preciso que veamos que el edificio de Dios es un Dios-hombre. En los evangelios vemos que el edificio es un Dios-hombre en forma individual. Él es el tabernáculo y el templo. Luego, en Hechos y en las epístolas, vemos a un Dios-hombre corporativo. Finalmente, en Apocalipsis, en la Nueva Jerusalén, vemos la consumación de un magnífico Dios-hombre corporativo.

Es necesario conocer la obra central que Dios realiza

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, es necesario que conozcamos la obra central que Dios realiza. La obra central que Dios realiza consiste en que Él se forje, en Cristo, en nuestro ser con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo. La manera en que podemos conocer la obra central de Dios es por revelación y por constitución.

Es necesario que permitamos que Dios, en Cristo, se forje en nosotros

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, debemos permitir que Dios, en Cristo, se forje en nosotros. Esto en realidad significa que antes de hacer la obra de Dios, tenemos que *ser*, nosotros mismos, la obra de Dios. Simplemente debemos orar, diciendo: “Señor, por causa del edificio de Dios, edificate dentro de mí”, y después debemos permitirle que lo haga.

Es necesario que nuestra obra se realice en beneficio del Cuerpo

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, nuestra obra debe redundar en el beneficio de Su Cuerpo. Nuestra predicación del evangelio, nuestro pastoreo, enseñanza y adiestramiento, todo debe realizarse en beneficio del Cuerpo. La propagación y el establecimiento de las iglesias deben tener como objetivo el Cuerpo. El Cuerpo es la norma con la cual se mide la pureza de la obra. Aquellos que realizan la labor de predicar el evangelio y de establecer iglesias, pero no lo hacen para el bien del Cuerpo, causan mucho perjuicio. En vez de realizar una obra que sea de beneficio para el Cuerpo, construyen un imperio regional, nacional o continental, en el que el Cuerpo no tiene parte alguna y en el que todo es controlado por la supuesta autoridad de un obrero. Éste es un asunto muy serio. Nosotros estamos aquí con el único propósito de realizar la obra que corresponde al Cuerpo, la obra que edifica el Cuerpo.

No debe haber diferencia alguna entre nuestra vida y nuestra obra

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, no debe haber diferencia alguna entre nuestra vida y nuestra obra. De lo contrario, nuestra obra no será genuina. En tal caso, nuestra obra terminará siendo simplemente una profesión, y nuestra vida no concordará con nuestra obra. En *Himnos*, #408 dice: “La vida interna al rebosar / Resulta en nuestra obra. / Sólo un mensaje hay que dar: / Nuestra viva experiencia”. Con el Señor Jesús, el Constructor, no había diferencia alguna entre Su vida y Su obra. Es preciso que aquellos que hacen la obra que corresponde al edificio divino vivan y laboren de la misma manera.

Es necesario tener el primer amor y las primeras obras

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, debemos tener el primer amor y las primeras obras. El primer amor es el amor que le da a Cristo el primer lugar en todas las cosas (Ap. 2:4), y las primeras obras son las acciones de servicio que son motivadas por el primer amor (v. 5). Cuando la mujer quebró el frasco de alabastro y derramó el unguento sobre el Señor Jesús (Mt. 26:7), algunos criticaron que hubiera desperdiciado el perfume de nardo en el Señor. Sin embargo, el Señor respondió y dijo: “[Ella] ha hecho conmigo una buena obra”

(v. 10). Es necesario que expresemos nuestro amor por medio de obras, pero estas obras no deben ser actividades independientes del amor; antes bien, como dice en Cantar de los cantares 7:11-12, debemos decir a nuestro Amado: “Ven, oh amado mío, salgamos al campo, / Moremos en las aldeas ... Allí te daré mis amores”. Debido a que le amamos, expresamos nuestro amor por medio de acciones, y mientras estamos ocupados en ciertas obras de servicio, le expresamos nuestro amor.

**Es necesario disfrutar a Dios,
descansar con Dios y ser llenos de Él**

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, debemos disfrutar a Dios, descansar con Dios y ser llenos de Él. Este principio es muy precioso y a la vez muy serio: no debemos laborar sin que descansemos, disfrutemos y seamos refrescados. Dios labora y reposa, mientras que el hombre reposa y labora. Por lo tanto, debemos descansar en Él, disfrutarle, ser uno con Él y ser llenos de Él.

**Es necesario laborar con Dios
y ser uno con Él en nuestra obra**

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, debemos laborar con Dios y ser uno con Él en nuestra obra. En la última sección de este mensaje, veremos cuatro características de una obra con la cual el Señor esté dispuesto a comprometerse por completo. Hoy estamos en la era de la gracia, y el Señor bendice Su palabra y Su evangelio. Ciertamente reconocemos este hecho. Sin embargo, debemos entender que experimentar Su bendición de manera limitada es una cosa, y otra muy distinta es que Él esté totalmente comprometido con ella. Nuestro deseo es laborar con Él y ser uno con Él en nuestra obra, no importa de qué obra se trate. No debemos permitir que la obra nos aparte ni nos aisle del Señor.

**Es necesario que seamos iguales a Dios: Dios en vida,
en naturaleza, en constitución, en expresión
y en función, mas no en la Deidad;
debemos llegar a ser la sulamita, la réplica de nuestro
Salomón, Aquel que edifica el templo de Dios**

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, debemos ser iguales a Dios: Dios en vida, en naturaleza, en constitución, en expresión y en función, mas no en la Deidad; debemos llegar a ser la

sulamita, la réplica de Salomón, Aquel que edifica el templo de Dios. Debemos ser Dios, no en la función que Él realiza al crear el universo de la nada, ni en la función según la cual Él ejerce Su soberanía sobre el universo desde Su trono, sino en la función que Él realiza al edificar.

En el *Estudio de cristalización del Cantar de cantares*, aprendimos que la sulamita es Salomón en otra forma, así como Eva era Adán en otra forma, y la iglesia es Cristo en otra forma. Incluso el nombre sulamita es el equivalente femenino de Salomón (pág. 117). Sin embargo, Salomón tipifica al Señor quien es el Constructor; Cristo como el verdadero Salomón es quien edifica el templo de Dios. El hecho de que la que ama al Señor sea la sulamita, la réplica de Salomón, implica que ella es Su pareja, Su réplica y Su reproducción con respecto a la obra de edificación. Ella sabe lo que está en Su corazón y en Su mente, y conoce también Su propósito y Su meta. Ella es uno con Él de manera intrínseca al llevar a cabo la obra de edificar el Cuerpo de Cristo, Su expresión corporativa.

**Es necesario ser uno con el sabio arquitecto,
quien actúa como Dios en funciones**

Si hemos de hacer la obra que corresponde al edificio divino, debemos ser uno con el sabio arquitecto, quien es uno que actúa como Dios en funciones. En el *Estudio-vida de 1 y 2 Samuel*, el hermano Lee nos dice que el corazón de Samuel era conforme al corazón de Dios, que su ser era uno con el ser de Dios, y que Samuel, como alguien que representaba a Dios, era Dios actuando en la tierra (pág. 32-33). El apóstol Pablo, como vemos en 2 Corintios y en otros pasajes, sin duda era uno que actuaba como Dios en funciones, era Su representante.

En el mensaje 6 vimos que en 1 Corintios 3:10 la palabra griega traducida “sabio arquitecto” es *arcitékton*. En Hebreos 11:10 también se nos habla de un Arquitecto, donde dice que Abraham “esperaba con anhelo la ciudad que tiene fundamentos, cuyo Arquitecto y Constructor es Dios”. Por un lado, el Arquitecto es Dios, y por otro, el arquitecto, el “sabio arquitecto”, era el apóstol Pablo. Así como Moisés era quien tenía los planos en el Antiguo Testamento (Éx. 25:9), Pablo era quien tenía los planos más completos que los demás apóstoles (cfr. Gá. 2:2, 6-7, 9). Pablo también tenía la capacidad de supervisar la obra. Él entendía claramente que solamente había dos regiones en la obra, las cuales correspondían a las dos partes que componen el Cuerpo de Cristo: la obra entre los judíos y la obra entre los gentiles. La región

de los gentiles, aunque era muy extensa, no estaba dividida en subregiones; es decir, no había una región para Italia, otra para Grecia o para Macedonia, ni tampoco había apóstoles para países. Él era el sabio arquitecto que supervisaba la obra que se llevaba a cabo en el mundo gentil, que era la mayor parte de la tierra habitada.

Todos aquellos que hoy en día deseen hacer la obra que corresponde al edificio divino, deben ser uno con el sabio arquitecto. Esta unidad significa que ellos también tienen que ser uno con Pablo y con la revelación que le fue dada. Sin embargo, necesitamos la ayuda del ministerio de la era para entender y ver lo que Pablo vio, esto es, para recibir el diseño que él recibió. Por lo tanto, creemos que en principio, en el recobro del Señor nuestro hermano Lee era el sabio arquitecto. Si queremos hacer la obra de edificar, también tenemos que ser uno con él.

En el Nuevo Testamento Timoteo es un modelo en cuanto a ser uno con el sabio arquitecto. En 1 Corintios 16:10 dice: “Y si llega Timoteo, mirad que esté con vosotros sin temor, porque él hace la obra del Señor así como yo”. Pablo no se detuvo después de decir: “Él hace la obra del Señor”, sino que añadió: “Así como yo”. Mientras Pablo estaba encarcelado, había muchos que laboraban. Algunos predicaban a Cristo con un espíritu de rivalidad; y puesto que Pablo llevaba una vida crucificada, aceptó este hecho diciendo: “¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o con veracidad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo; sí, me gozaré aún” (Fil. 1:18). Este versículo también da testimonio a nuestro corazón y a nuestro espíritu. Nos regocijamos de que el evangelio sea predicado en muchos lugares y por muchas personas. No sentimos celos ni envidia por ello, ni tampoco estamos en rivalidad con nadie. Sin embargo, como sabemos, Pablo tuvo que escribir a los filipenses, diciendo: “Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también sea alentado al saber de vosotros; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros” (2:19-20). Timoteo era uno con Pablo, alguien que era del mismo ánimo que el sabio arquitecto.

Hoy en día en el recobro del Señor existen dos categorías de obreros. La primera categoría son aquellos que pueden decir que guardan la unidad del Espíritu junto con el hermano Lee y que también por la gracia del Señor, laboran en un mismo espíritu y en unanimidad. Podemos testificar que la obra que se lleva a cabo en Europa y en el mundo de habla rusa ha sido llevada a cabo por hermanos que no solamente

estaban en un mismo espíritu con el sabio arquitecto, sino que también eran del mismo ánimo que él. La segunda categoría de obreros son aquellos que no son del mismo ánimo; ellos tienen diferentes opiniones, conceptos, propósitos y métodos, y creen que su manera de hacer las cosas es mejor que la del hermano Lee.

Con respecto a los santos más jóvenes, solamente el tiempo dirá la clase de obreros que ellos habrán de ser y la clase de obra que realizarán. Ellos tienen dos modelos a seguir. Uno es el modelo de aquellos que son del mismo ánimo, que laboran en un mismo espíritu y son unánimes. Éstos son como Timoteo, que podía ser enviado a Corinto con la recomendación de Pablo, para que les recordara a ellos “su proceder en Cristo” (1 Co. 4:17). El otro camino por el que se puede optar es que, mientras guardan la unidad del Espíritu, ellos conservan alguna peculiaridad en su alma, que consiste en aferrarse a sus propias opiniones, sentimientos e intenciones. Éstos hablan y escriben conforme a su peculiaridad. Estas dos diferentes categorías de obreros producirán dos resultados diferentes. El primero producirá un edificio de capa sobre capa, mientras que el segundo producirá un edificio de uno al lado del otro.

Viene el día en que toda nuestra obra de edificación será sometida a la prueba del fuego. Es a la luz de este entendimiento que nosotros laboramos y ministramos. Todo lo que hemos escrito, hablado y hecho es cierta clase de obra de edificación. Todo ello será sometido a la prueba del fuego, y no tenemos la certeza de que pasará la prueba. No obstante, sí nos ejercitamos en hacer la obra del Señor así como lo hizo el hermano Lee. Si algunos desean recibir esta palabra de ser uno con el sabio arquitecto, pueden hacerlo; pero si algunos prefirieren no aceptarla, también están en libertad de no hacerlo. Nuestro deseo es que de todos modos el Señor los ame y los bendiga. Sin embargo, queremos dejar este asunto bien claro. Estamos hablando de la obra que corresponde al edificio divino y no de una obra de iniciativa humana. Ésta no es una obra que celosamente procura crear “franquicias” de iglesias locales sin restricción alguna y sin la regulación de la visión del Cuerpo. Estamos aquí para hacer la obra que corresponde al edificio divino.

LA OBRA QUE CORRESPONDE AL EDIFICIO DIVINO SE LLEVA A CABO MEDIANTE LA RENOVACIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN

La obra que corresponde al edificio divino se lleva a cabo mediante la renovación y la transformación (Ro. 12:2; 2 Co. 3:18; 4:16; Ef. 4:23;

Tit. 3:5). Si no hay renovación ni transformación, entonces no se puede llevar a cabo una obra de edificación.

**Tenemos que ser renovados y transformados,
y luego podemos llevar a cabo la obra de edificación**

Tenemos que ser renovados y transformados, y luego podemos llevar a cabo la obra de edificación (Ro. 12:2; Ef. 4:23, 12, 16). Si queremos ser renovados y transformados debemos orar, diciendo: “Señor, renuévame por causa de Tu edificio. Transfórmame por el bien de Tu edificio”.

*Ser renovados significa que el elemento de Dios
es añadido a nuestro ser,
de modo que nuestro viejo elemento
es reemplazado y desechado*

Ser renovados significa que el elemento de Dios es añadido a nuestro ser, de modo que nuestro viejo elemento es reemplazado y desechado (2 Co. 4:16; Tit. 3:5). Debemos orar, diciendo: “Señor, añade Tu elemento en mi ser”.

*El Espíritu que renueva
se ha mezclado con nuestro espíritu regenerado
como un solo espíritu mezclado
a fin de extenderse a nuestra mente y renovar todo nuestro ser*

El Espíritu que renueva se ha mezclado con nuestro espíritu regenerado como un solo espíritu mezclado a fin de extenderse a nuestra mente y renovar todo nuestro ser (Ef. 4:23). Todos estos asuntos requieren de nuestra oración. Por tanto, debemos orar, diciendo: “Señor, renueva mi mente por causa del Cuerpo, de la vida de iglesia y del edificio”.

*Al ser renovados, somos trasladados de la esfera
de la vieja creación a la esfera de la nueva creación
para ser el nuevo hombre que habrá de cumplir
el propósito eterno de Dios*

Al ser renovados, somos trasladados de la esfera de la vieja creación a la esfera de la nueva creación para ser el nuevo hombre que habrá de cumplir el propósito eterno de Dios (2 Co. 5:17; Ef. 4:24; Col. 3:10). En

la renovación, no solamente somos renovados subjetivamente, sino que también somos trasladados a la esfera de la nueva creación.

*La transformación es la función metabólica
que desempeña la vida de Dios en nosotros;
la transformación se efectúa a medida
que el elemento de la vida divina es añadido
a nuestro ser a fin de que expresemos manifiestamente
la imagen de Cristo*

La transformación es la función metabólica que desempeña la vida de Dios en nosotros; la transformación se efectúa a medida que el elemento de la vida divina es añadido a nuestro ser a fin de que expresemos manifiestamente la imagen de Cristo (2 Co. 3:18). El edificio es una expresión corporativa del Dios Triuno procesado y consumado. Finalmente, lo que ocurre dentro de nosotros tendrá que aflorar. Nuestra expresión no debe seguir siendo natural, peculiar, nacional o de orden racial. Con el tiempo, tendrá que expresar lo que se ha venido forjando en nuestro ser. La edificación requiere de tal expresión.

*La transformación tiene como fin
efectuar la reproducción en forma masiva
del Hijo primogénito de Dios,
quien es el prototipo de un Dios-hombre,
para que seamos moldeados conforme
a la imagen divina y lleguemos a ser exactamente iguales
al Hijo primogénito de Dios*

La transformación tiene como fin efectuar la reproducción en forma masiva del Hijo primogénito de Dios, quien es el prototipo de un Dios-hombre, para que seamos moldeados conforme a la imagen divina y lleguemos a ser exactamente iguales al Hijo primogénito de Dios (Ro. 8:29; He. 2:10). El edificio de Dios es un Dios-hombre. Un Dios-hombre, que es un edificio, llega a ser un Dios-hombre corporativo mediante la reproducción del primer Dios-hombre, el Hijo primogénito de Dios, quien es el prototipo. Por tanto, por medio de la transformación se está llevando a cabo la edificación de este Dios-hombre corporativo. Esta no es una obra de meras actividades externas. Así, pues, cuanto más somos moldeados y conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios, más somos edificados.

**La renovación redundante en la transformación,
y la transformación redundante en la edificación;
la edificación del muro de jaspe de la Nueva Jerusalén
se lleva a cabo simultáneamente con la transformación**

La renovación redundante en la transformación, y la transformación redundante en la edificación; la edificación del muro de jaspe de la Nueva Jerusalén se lleva a cabo simultáneamente con la transformación (Ro. 12:2; Ap. 21:18a). Nuestra mente necesita ser renovada para que no pensemos que la transformación es algo distinto de la edificación. No, de hecho la transformación *es* la edificación. Nuestra edificación jamás excederá a nuestra transformación. Lamentablemente, algunos de entre nosotros tienen conceptos naturales con respecto a la edificación. Algunos tienen el concepto de que la edificación consiste en producir una organización, y piensan que estar organizados es ser edificados. A estas personas les perturba mucho el caos o la ambigüedad, y por ende, sienten la necesidad de imponer una estructura organizacional en el edificio para sentirse seguros. Sin embargo, esto no es el edificio de Dios. Otros tienen el concepto jerárquico, es decir, si llevan a cabo una obra en un país que es grande, dividen el país en regiones y designan un colaborador para cada región y les asignan ese “territorio”. Luego, les dicen a estos colaboradores que tienen que rendir un informe a cierto colaborador a nivel nacional, quien a su vez tiene que rendir informes a otro lugar en otro país. Debemos tener claro que si algo tiene el aspecto de una jerarquía y opera como tal, eso es entonces una jerarquía.

A mediados de los años 70, el hermano Lee habló en cuanto a la edificación vertical (véase *Estudio-vida de Génesis*, págs. 1113-1114). En cierta localidad decidieron levantar una edificación vertical en el servicio de la iglesia. Mientras hacían esto, algunos se sintieron incómodos y se preguntaron si el hermano Lee ya estaba enterado de esto. Finalmente, cuando el hermano Lee supo de la “pirámide” que estaban construyendo, la derribó por completo en una sola comunión que tuvo una noche con aquella iglesia. Necesitamos de un sabio arquitecto porque hay algunos hermanos que no saben distinguir entre una gran pirámide y la Nueva Jerusalén. Según el concepto natural de ellos, ambas cosas son casi lo mismo.

También están aquellos que creen que la manera correcta de edificar consiste en formar un pequeño grupo aparte de los demás y pasar mucho tiempo juntos. Ellos llegan a ser “camaradas” entre sí, y piensan

que eso es lo que significa ser edificados. Sin embargo, tal edificación está hecha de hojarasca. Es necesario que comprendamos que la edificación requiere de la renovación y la transformación.

**LA OBRA QUE CORRESPONDE AL EDIFICIO DIVINO
CONSISTE EN QUE LOS CREYENTES CREZCAN EN LA VIDA DIVINA
Y SEAN UNIDOS UNOS CON OTROS EN LA VIDA DIVINA**

La obra que corresponde al edificio divino consiste en que los creyentes crezcan en la vida divina y sean unidos unos con otros en la vida divina (Ef. 4:15-16; 2:21). Nosotros laboramos al crecer, y luego ese crecimiento da por resultado que seamos unidos unos con otros en la vida divina en la cual crecemos.

**Cuando crecemos en la vida divina y somos unidos
unos con otros en la vida divina, llegamos a ser parte del edificio**

Cuando crecemos en la vida divina y somos unidos unos con otros en la vida divina, llegamos a ser parte del edificio (v. 21).

**La iglesia es edificada como casa de Dios
mediante el crecimiento de los creyentes en la vida divina;
el crecimiento en vida equivale a la edificación**

La iglesia es edificada como casa de Dios mediante el crecimiento de los creyentes en la vida divina; el crecimiento en vida equivale a la edificación (1 Co. 3:6-9, 16-17; Ef. 4:15-16). Tenemos que pregonar la verdad de que: el crecimiento en vida *es* la edificación. La edificación no viene como resultado de haber pasado tiempo juntos o de hacer las cosas juntos. Con tales cosas no podemos ser edificados para formar parte del edificio de Dios. Nuestra edificación es directamente proporcional a nuestro crecimiento en vida.

**Las tablas del tabernáculo tipifican el hecho
de que los creyentes, al ser unidos unos con otros,
llegan a ser la morada de Dios; las barras representan
al Espíritu inicial que llega a ser el Espíritu que une,
el cual une a todos los miembros de Cristo en un solo Cuerpo**

Las tablas del tabernáculo tipifican el hecho de que los creyentes, al ser unidos unos con otros, llegan a ser la morada de Dios; las barras representan al Espíritu inicial que llega a ser el Espíritu que une, el cual une a todos los miembros de Cristo en un solo Cuerpo (Éx. 26:15, 26-29; Ef. 2:21-22; 4:3-4). Las tablas del tabernáculo estaban unidas

unas con otras por las barras que las atravesaban. Dichas barras estaban hechas de madera de acacia y estaban recubiertas de oro. A medida que el Señor crezca en nosotros —lo cual da por resultado el edificio—, estaremos conscientes, con el tiempo, de que en nosotros mismos no estamos completos, es decir, de que no somos una unidad completa, y que, por tanto, necesitamos que alguien nos complemente. Aquellos que no se percatan de esto son individuos que están aislados de los demás. Son personas individualistas e independientes, que son incapaces de ser edificados. En la obra es catastrófico que un hermano se considere una persona maravillosa, que esté completo en sí mismo y que lleve a cabo una obra excelente, sin sentir ninguna necesidad de estar acompañado de otra “tabla”. Tal hermano piensa que todos los demás son inferiores a él o que son de su mismo nivel, y no siente en lo más mínimo la necesidad de otra “tabla”, esto es, de otro hermano, que le ayude a ser una unidad completa. Nuestro progreso se tiene que dar en términos del edificio.

*En el Espíritu que une no solamente
se encuentra el elemento divino,
sino también el elemento humano;
por tanto, tenemos tanto divinidad (la unidad del Espíritu)
como humanidad (la acción de guardar la unidad)*

En el Espíritu que une no solamente se encuentra el elemento divino, sino también el elemento humano; por tanto, tenemos tanto divinidad (la unidad del Espíritu) como humanidad (la acción de guardar la unidad) (Éx. 26:26a, 29b; Ef. 4:2-3). En el Espíritu que nos une no solamente se encuentra el elemento divino (el oro) sino también el elemento humano (la madera de acacia). Para guardar la unidad del Espíritu necesitamos las virtudes humanas elevadas y resucitadas, tales como la humildad y la mansedumbre. Somos unidos unos con otros por tal Espíritu y, de hecho, somos crucificados por tal Espíritu.

*Las barras que unen
no representan solamente al Espíritu Santo,
sino al Espíritu Santo mezclado con el espíritu humano*

Las barras que unen no representan solamente al Espíritu Santo, sino al Espíritu Santo mezclado con el espíritu humano (1 Co. 6:17; Ro. 8:4). El Espíritu Santo está mezclado no sólo con nuestro espíritu humano sino también con el espíritu humano de otros. Mientras

estamos en comunión y el Espíritu fluye, en tal Espíritu se encuentra la divinidad y la humanidad de Jesús. Más aún, el Espíritu viene a nosotros como el Espíritu consumado, el cual está mezclado con el espíritu de nuestros hermanos. A medida que permitamos que este espíritu mezclado pase a través de nuestro ser, seremos unidos con otros. Aquellos que creen que pasar mucho tiempo con la persona de su predilección equivale a ser edificados deben examinar lo que representa el tipo del tabernáculo. La madera era madera de acacia, la cual representa la humanidad resucitada; sin embargo, en el tabernáculo no vemos la unión de madera con madera. Todas las tablas tenían que ser recubiertas de oro y luego eran unidas entre sí con barras de madera de acacia recubiertas de oro. Por tanto, si deseamos ser edificados, tenemos que ser recubiertos de Dios. Tenemos que sumergir nuestro ser en Dios. Sólo entonces el Dios de oro permitirá que estemos firmes juntos, y el Espíritu que nos vincula, que nos une, nos hará encajar unos con otros.

*Las barras que unen representan al espíritu mezclado,
esto es, al Espíritu divino con el espíritu humano
que al mezclarse llegan a ser el vínculo de la paz*

Las barras que unen representan al espíritu mezclado, esto es, al Espíritu divino con el espíritu humano que al mezclarse llegan a ser el vínculo de la paz (Ef. 4:3). No hay paz como la paz que se experimenta en Be-tel, la paz que se experimenta en el edificio. Tal vez conozcamos la paz que se describe en Romanos 8:6: “La mente puesta en el espíritu es vida y paz”. Esto es precioso, pero también es necesario que conozcamos la paz descrita en Efesios 2, la paz que se experimenta en el Cuerpo y en el nuevo hombre (vs. 14-17), y la paz mencionada en Colosenses 3, donde somos llamados a la paz en el único Cuerpo (v. 15). Aquí el vínculo de la paz, que es el espíritu mezclado, pasa a través de nuestro ser en la comunión. Para participar de esto, necesitamos estar dispuestos a que el Espíritu mezclado junto con el espíritu de otros, llegue a nosotros y pase a través de nosotros. Algunos dicen que están abiertos únicamente al Espíritu Santo. Tal vez digan: “El Espíritu me guió”, “El Espíritu me dirigió”, o “El Espíritu puso esta carga en mí”. No tenemos derecho alguno para decir que el Espíritu no los haya guiado; sin embargo, es posible que ellos no se percaten en absoluto de la edificación del Cuerpo. El Espíritu es el Espíritu que está en el Cuerpo y que es del Cuerpo.

**Los miembros del Cuerpo,
al asirse a la Cabeza, son entrelazados unos con otros;
los miembros del Cuerpo no se relacionan
directamente entre sí, sino indirectamente,
esto es, a través de la Cabeza y al estar sujetos a la Cabeza**

Los miembros del Cuerpo, al asirse a la Cabeza, son entrelazados unos con otros; los miembros del Cuerpo no se relacionan directamente entre sí, sino indirectamente, esto es, a través de la Cabeza y al estar sujetos a la Cabeza (Col. 1:18; 2:19). Los miembros del Cuerpo son acoplados unos con otros al asirse a la Cabeza, no al asirse unos a otros ni al tratar de ser “camaradas” en el edificio. Tener relaciones especiales en el edificio va en contra del principio que rige el edificio. La razón por la cual nos asimos a la cabeza es que los miembros del Cuerpo no se relacionan directamente entre sí. Todos ellos se relacionan de manera indirecta a través de la Cabeza y en sujeción a la Cabeza.

Si un hermano es iluminado, comprenderá que en la relación matrimonial, la cual pertenece a la vieja creación, él puede y debe relacionarse directamente con su esposa. El hecho de que ambos sean una sola carne se halla en el ámbito de la vieja creación; sin embargo, cada hermano debe comprender que su amada esposa es también un miembro del Cuerpo de Cristo. Una cosa es llevar una simple vida matrimonial con ella en la vieja creación, la cual acabará cuando uno de los dos muera o cuando el Señor venga, pero otra cosa es ser edificados juntos en el Cuerpo. Para que tal edificación se lleve a cabo, un hermano tiene que aprender a relacionarse con sus esposa como un miembro, a través de la Cabeza, al orar y tener contacto con Él. Así que, relacionarse con ella como esposa es una cosa; pero ella es también coheredera de la gracia de la vida (1 P. 3:7), un miembro del Cuerpo de Cristo y un constituyente del nuevo hombre. Simplemente llevar una relación matrimonial ordinaria en la vieja creación no es divino ni místico, pero la vida matrimonial descrita en Efesios 5 es una vida que se lleva en la unión, mezcla e incorporación con el Dios Triuno que edifica. Tarde o temprano nuestra vida matrimonial acabará, debido a que ésta pertenece a la vieja creación; no obstante, si se ha producido alguna edificación en nuestra vida matrimonial, tal edificación será eterna.

Esta palabra quizás sea un poco misteriosa, pero es crucial. Las divisiones o los partidos se forman por relacionarnos con otros miembros de

la iglesia directamente. Un obrero dotado podría decir: “Ya que fuiste perfeccionado por mí, tienes una deuda conmigo. Tienes que serme fiel, seguirme y relacionarte directamente conmigo. Tienes que estar conmigo; tú me perteneces; eres mi colaborador”. Esto es un cáncer en la edificación. Yo me relaciono con ciertos hermanos, pero no lo hago de forma directa. Puesto que todas mis relaciones se efectúan por medio de la Cabeza, son saludables para el edificio. Debemos consagrar todas nuestras relaciones al Señor por causa de la edificación, en especial nuestra relación con los santos en la iglesia, a fin de aprender lo que significa relacionarnos indirectamente con ellos. Todas nuestras relaciones deben efectuarse por medio de la Cabeza y en sujeción a la Cabeza. Si el Señor establece esta forma de relacionarnos en el espíritu, nuestra comunión será pura y saludable, y vendrá a ser un canal de bendición para el Cuerpo.

**LA OBRA QUE CORRESPONDE AL EDIFICIO DIVINO
CONSISTE EN QUE LOS CREYENTES
SEAN EDIFICADOS CONJUNTAMENTE EN CRISTO
HASTA CONVERTIRSE EN LA MORADA DE DIOS;
DICHA OBRA ES REALIZADA POR EL ESPÍRITU
EN EL ESPÍRITU DE LOS CREYENTES,
EL CUAL HA SIDO OCUPADO POR CRISTO,
Y ESTOS DOS ESPÍRITUS SE MEZCLAN
COMO UN SOLO ESPÍRITU**

La obra que corresponde al edificio divino consiste en que los creyentes sean edificados conjuntamente en Cristo hasta convertirse en la morada de Dios; dicha obra es realizada por el Espíritu en el espíritu de los creyentes, el cual ha sido ocupado por Cristo, y estos dos espíritus se mezclan como un solo espíritu (Ef. 2:22; 1 Co. 6:17).

**Efesios es un libro que trata del Cuerpo de Cristo,
y en cada capítulo se encuentra un versículo
acerca del espíritu humano;
esto indica que el Cuerpo está absolutamente relacionado
con nuestro espíritu regenerado**

Efesios es un libro que trata del Cuerpo de Cristo, y en cada capítulo se encuentra un versículo acerca del espíritu humano; esto indica que el Cuerpo está absolutamente relacionado con nuestro espíritu regenerado (1:22-23, 17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18).

Nuestro espíritu, la Jerusalén actual
—el lugar donde el Dios de nuestro espíritu mora—
es universalmente extenso, pues incluye no solamente nuestro
espíritu, sino también los espíritus de todos los santos

Nuestro espíritu, la Jerusalén actual —el lugar donde el Dios de nuestro espíritu mora— es universalmente extenso, pues incluye no solamente nuestro espíritu, sino también los espíritus de todos los santos (Ro. 8:16; Nm. 16:22; He. 12:9; Ef. 2:22). Todos nos damos cuenta, al menos hasta cierto grado, de que cuando estamos en el espíritu, tocamos la vida divina, la persona divina y el Espíritu divino. Debido a que no hemos sido renovados lo suficiente, es posible que nuestro concepto sea éste: yo estoy en mi espíritu, tú estás en tu espíritu y todos estamos aquí en nuestro espíritu como individuos separados y aislados respectivamente. Sin embargo, aquellos que ya han sido disciplinados, quebrantados, reconstituidos y edificados se dan cuenta de que cuando se tornan a su espíritu, entran en una esfera que se llama “nuestro espíritu”. Aquí en nuestro espíritu se encuentra el Cuerpo, el edificio, junto con los espíritus de todos los santos. El Cuerpo no es local, ni está limitado por la esfera del tiempo y el espacio. El Cuerpo trasciende todo ello. El espíritu de Pablo, el espíritu de Juan, el espíritu de Watchman Neh y el espíritu del hermano Lee, todos ellos, están aquí. No debemos permitir que nuestra mente nos hurte si no entendemos esto. Debemos decirle al Señor que no lo entendemos y pedirle: “Señor, enséñame lo que significa *nuestro espíritu*”. Es necesario que dejemos de ser creyentes que están en el espíritu simplemente como individuos, y avancemos hasta llegar al punto en el cual estar en el espíritu equivalga a estar en Bet-el, en el edificio, en el Cuerpo y en el reino. ¡Nuestro espíritu es maravilloso!

LA EDIFICACIÓN SE LLEVA A CABO MEDIANTE
LA OPERACIÓN DEL ESPÍRITU, QUIEN REPARTE A CADA MIEMBRO
DIFERENTES DONES PARA LA EDIFICACIÓN DEL CUERPO

La edificación se lleva a cabo mediante la operación del Espíritu, quien reparte a cada miembro diferentes dones para la edificación del Cuerpo (1 Co. 12:4, 7-11).

El Dios Triuno actúa en los creyentes para llevar a cabo
Su propósito eterno, que consiste en edificar la iglesia,
el Cuerpo de Cristo, con miras a la expresión de Dios

El Dios Triuno actúa en los creyentes para llevar a cabo Su

propósito eterno, que consiste en edificar la iglesia, el Cuerpo de Cristo, con miras a la expresión de Dios (vs. 4-6). Aunque reconocemos que hay diferentes porciones, o diferentes dones, del Espíritu, todos ellos son para la edificación del Cuerpo.

La manifestación del Espíritu es “para provecho”,
esto es, para el crecimiento en vida de los miembros
del Cuerpo de Cristo y para la edificación del Cuerpo

La manifestación del Espíritu es “para provecho”, esto es, para el crecimiento en vida de los miembros del Cuerpo de Cristo y para la edificación del Cuerpo (v. 7).

EL PRINCIPIO QUE REPRESENTA EL DÍA SÁBADO

Es preciso que veamos la obra intrínseca del edificio divino que llevan a cabo el Dios Triuno y Sus colaboradores, esto es, Salomón y Su sulamita. Es necesario que veamos cuál es la característica esencial de nuestra obra y en qué consiste nuestro único ministerio. Luego debemos comparar esto con lo que podríamos llamar “la iniquidad del santuario” (Nm. 18:1), un pecado que diferentes obreros cometen en la obra de edificación. Si no entendemos claramente cómo Dios obra ni cómo deben laborar los colaboradores de Dios, y si violamos los principios aun por ignorancia, es posible que causemos daño o que destruyamos el edificio de Dios, y que incluso nosotros mismos seamos destruidos por Dios. Así como en el universo Dios ha establecido principios, así también en la esfera espiritual Dios ha establecido leyes o principios. Las leyes que rigen en la esfera espiritual son más estrictas que las leyes que rigen en la esfera física. Es imprescindible que veamos no sólo el diseño de la casa, sino también los principios que rigen la obra del edificio divino.

Hay un precioso principio básico que encontramos en Éxodo 31:12-17, el cual ha sido explicado en el mensaje 172 del *Estudio-vida de Éxodo*, y también en las excelentes notas al pie de página de *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro]. En Éxodo 31 Dios, por medio de Moisés, hizo un mandato en cuanto a la obra de edificación. En ese tiempo se iba a efectuar la edificación del tabernáculo. En los versículos del 12 al 17 fue insertada una sección relacionada con guardar el sábado. Existe, pues, una clara conexión entre guardar el sábado y la obra de edificación de Dios, y esta conexión se encuentra en el principio representado por el día sábado.

Conforme al libro de Génesis, Dios laboró durante seis días y después descansó en el séptimo día. Sin embargo, fue al final del sexto día que Dios creó al hombre a Su imagen y con un espíritu. Por consiguiente, el séptimo día para Dios fue el primer día para el hombre, y este día séptimo para Dios fue un día de descanso y refrigerio. Por tanto, lo primero que el hombre creado hizo fue descansar con Dios y disfrutar de la obra que Él había terminado. El hombre vivió con Dios, tuvo comunión con Dios, caminó con Dios y fue lleno de Dios. Lo primero que él hizo no fue trabajar; sino que él primero descansó, y habiendo recibido ese descanso y ese suministro, trabajó un poco. Luego, después de pasados menos de seis días, hubo otro descanso. Así que, la secuencia es esta: descanso, trabajo y descanso. El trabajo debe ser el resultado del descanso, del disfrute, del ser llenos y de la unidad. Es sumamente serio —es un insulto para Dios— hacer la obra que corresponde al edificio divino violando este principio.

Con respecto a algunos obreros, uno puede percibir claramente que no experimentan descanso. Su mente nunca se detiene, nunca descansa. Debemos recordar que dependemos de Dios para todo. ¿Quiénes somos para presumir que podemos laborar para Dios, o que incluso laboremos con Dios, como si fuésemos capaces de hacerlo? Antes de emprender cualquier obra, especialmente la obra que corresponde al edificio divino, debemos guardar el principio del sábado y descansar todo nuestro ser por completo en Dios, a fin de disfrutarle, ser llenos de Él y ser abastecidos por Él.

Los colaboradores de Dios pueden ser personas que laboran día y noche, y que viajan y ministran en distintos lugares. Tal labor tiene un costo muy elevado, pero debemos evitar caer en la trampa de no guardar el principio del sábado. Al respecto debemos orar, diciendo: “Señor, Tú dices que es tiempo de edificar un poco. Yo digo amén a esto, pero Señor primero necesito disfrutarte”. El Señor se alegra mucho cuando nos escucha decir: “Necesito descansar en Ti. Señor, Tú resucitaste al tercer día y levantaste el templo de Tu cuerpo. Juan vio la Nueva Jerusalén descender; a los ojos de Dios ya todo ha sido hecho. Así que no estoy aquí sudando; Señor, quiero dejarlo todo y simplemente sumergir mi ser en el Dios del descanso y la edificación. Deseo estar totalmente inmerso en Ti y que las olas de gracia fluyan sobre mí; deseo que me satures e impregnes de Ti. Señor, lléname”.

Consideren a los apóstoles en el día de Pentecostés. Ellos no estaban locos por empezar a trabajar, por establecer iglesias, por predicar el

evangelio ni por ser testigos en toda la tierra; antes bien, ellos pasaron diez días orando. Ellos estaban llenos de Dios, y aquellos que los observaban dijeron: “Están llenos de mosto” (Hch. 2:13). En realidad, no estaban llenos de mosto, sino del vino divino. La obra de Dios comienza cuando somos llenos del Señor. Pero después que hayamos trabajado por un tiempo, el Señor siempre nos pedirá que nos detengamos para descansar y ser refrescados. Sin embargo, algunos son tan empeñados que no se detienen. Así que hacen una obra rival buscando competir para ver quién es capaz de hacer más, de hacerlo mejor y de tener la obra más grande. Es por ello que no pueden darse el lujo de perder el tiempo descansando y disfrutando a Dios. Para ellos, eso no es práctico. No obstante, independientemente de que sea práctico o no, el castigo de no guardar el principio del sábado es la muerte. Nos referimos aquí a una muerte espiritual, al hecho de introducir muerte al mismo servicio en el cual estamos involucrados, debido a que no tomamos a Dios como nuestra fuente.

Con respecto a Éxodo 31:12-17, encontramos un párrafo extraordinario en el mensaje 172 del *Estudio-vida de Éxodo* (pág. 1776), el cual dice:

...Es como si Dios estuviese diciendo: “No olvides Mi sábado. Aun cuando usted no trabaje por su propia cuenta, y labore por Dios, no debe usar eso como pretexto para trabajar continuamente. No se imagine que usted puede obrar continuamente porque edifica Mi morada. No debe ser así. Aun cuando ustedes laboren por Mí en la obra de edificación del tabernáculo, deben llevar una señal que indique que ustedes son Mi pueblo y que me necesitan. Por lo tanto, deben empezar por disfrutarme, luego podrán trabajar no solamente por Mí, sino también conmigo y en unidad conmigo. Yo seré la fuerza de su trabajo y la energía de su labor. Pero si ustedes trabajan por su propia cuenta, ello será un insulto para Mí. Deben laborar conmigo, por Mí y en unidad conmigo, en la edificación de Mi morada. Estaré muy contento si trabajan de esta manera, pero si intentan hacer una buena obra por Mí con sus propios esfuerzos, dejándome a un lado, me insultarán porque ésta es la señal del pueblo del diablo. Ustedes son Mi pueblo y deben llevar una señal que indica que me necesitan como su disfrute, fuerza y energía. Podrán laborar por Mí cuando Yo sea su todo. Esta manera de trabajar me honra y Me

glorifica. Así llevarán una señal que indica que son Mi pueblo”.

Se necesita ser un sabio arquitecto para hablar así. Seamos uno con el sabio arquitecto.

**LA OBRA DE EDIFICACIÓN EFECTUADA
CON ORO, PLATA Y PIEDRAS PRECIOSAS
SERÁ RECOMPENSADA POR CRISTO A SU REGRESO**

**La obra central de Dios es forjarse,
en Cristo, en nuestro ser,
de modo que Él mismo llegue a ser uno con nosotros
y nosotros lleguemos a ser uno con Él**

La obra de edificación efectuada con oro, plata y piedras preciosas será recompensada por Cristo a Su regreso (1 Co. 3:12-17). La obra central que Dios realiza consiste en forjarse, en Cristo, en nuestro ser, de modo que Él mismo llegue a ser uno con nosotros y nosotros lleguemos a ser uno con Él (Gá. 1:15-16a; 2:20; 4:19; Ef. 3:16-17a). Ésta es la obra que Dios está haciendo y ésta es la obra que los colaboradores de Dios están haciendo.

El elemento intrínseco de la obra que corresponde al edificio divino consiste en que el Dios edificado y que edifica, sea ministrado a otros para la edificación del Cuerpo de Cristo

El elemento intrínseco de la obra que corresponde al edificio divino consiste en que el Dios edificado y que edifica, sea ministrado a otros para la edificación del Cuerpo de Cristo (Mt. 16:18; Ef. 3:17a; 4:4, 12, 16). En *Estudio-vida de 1 y 2 de Samuel*, el hermano Lee usa la expresión *el Dios que edifica y el Dios edificado* cuando comparte sobre 2 Samuel 7. No me atrevo a decir que entiendo esta expresión pero quisiera compartirles lo que sí entiendo. Dios es el Dios que edifica; esto lo podemos entender fácilmente. Dios se está edificando activamente en nosotros. ¿A qué nos referimos entonces cuando hablamos del *Dios edificado*? Esto incluye un aspecto objetivo y un aspecto subjetivo. Dios es el Dios que edifica en el sentido de que Él se edificó en Cristo y edificó a Cristo en Él para formar así el prototipo. Cristo, el Dios-hombre, es un edificio, y el Dios que está en Su ser es el Dios que ha sido edificado en Él. Ahora, esta persona es el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, el Espíritu compuesto, como la realidad de este Dios-hombre que ha sido edificado en Dios y en quien Dios se ha edificado. Por lo

tanto, cuando ministramos a Cristo, cuando ministramos al Espíritu como el Espíritu compuesto, ministramos al Dios que ha sido edificado en la humanidad y que ha edificado a la humanidad en Sí mismo. Por muy precioso que esto sea, no corresponde totalmente con el principio que rige el ministerio revelado en el Nuevo Testamento.

El principio que rige el ministerio es que lo que una persona ministra no debe ser algo simplemente objetivo. Más bien, debemos ministrar nuestra constitución, es decir, lo que ha sido forjado en nosotros. Esto significa que en vez de simplemente decir que la obra central de Dios consiste en edificarse a Sí mismo en Su pueblo escogido, debemos tener también el testimonio de que Dios ha sido edificado y forjado en la persona que habla. De manera que cuando hablamos, impartimos al Dios edificado, al Dios que se ha forjado en nosotros. Sin duda, esto fue lo que hizo el hermano Lee durante todos los años que le conocí. Él no se ministró a sí mismo; más bien, ministró no solamente al Dios que está en los cielos, sino que ministró al Dios que se había forjado en él. Cuando leemos las publicaciones del ministerio, Dios mismo nos es ministrado. Éste es el elemento intrínseco de nuestra obra. Si no estamos constituidos, es decir, si Dios mismo no ha sido constituido en nosotros, no podremos edificar de esta manera, y todo será objetivo; no será una experiencia subjetiva. Ésta es la razón por la cual uno de los requisitos para hacer la obra de edificación divina es que Dios mismo sea edificado en nosotros. Al respecto, todos debemos orar, diciendo: “Señor, por causa de Tu edificio y por la parte que me corresponde en la obra de edificación, te pido que te edifiques en mi ser”.

La única obra del ministerio tiene como fin llevar a cabo la economía de Dios, que consiste en forjarse en el hombre con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén

La única obra del ministerio tiene como fin llevar a cabo la economía de Dios, que consiste en forjarse en el hombre con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén (Ef. 3:9-11; 4:11-12; Ap. 21:2).

La obra con la cual Dios esté dispuesto a comprometerse por completo debe tener cuatro características esenciales

La obra con la cual Dios esté dispuesto a comprometerse por completo debe tener cuatro características esenciales (1 Co. 15:58; 16:10).

Se debe tener una revelación del propósito eterno de Dios

Se debe tener una revelación del propósito eterno de Dios (Ef. 3:11). Ahora quisiera darles un testimonio personal. Efesios 3:10-11 dice: “A fin de que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”. En agosto del 1966 me encontraba estudiando el libro de Efesios con el texto griego y una traducción al inglés. Cuando llegué a estos versículos me quedé asombrado, aunque en el pasado los había leído muchas veces. Me di cuenta de que no tenía ni la más mínima idea de lo que significaban. Entonces una oración sencilla brotó en mi interior y dije: “Señor, el hombre que me pueda mostrar lo que esto significa, lo seguiré”. Hice esta oración en el mes de agosto en el estado de Nueva York. Luego, en septiembre el Señor nos guió y puso en mi esposa y en mí la carga de venir a California. Ambos tuvimos el sentir de que una vez que estuviéramos allí, descubriríamos la razón. Poco después, conocí a un hermano que acababa de llegar a la iglesia en San Francisco, y él me habló acerca de las iglesias locales y del hermano Lee. También me regaló alguna literatura, incluyendo un ejemplar de la revista *The Stream* [El manantial]. El mensaje principal de aquella revista se titulaba: “El propósito de Dios con respecto a la iglesia” (tomo 3, núm. 2, 1 de julio de 1965). Ese mensaje en particular constaba de tres secciones. En la segunda sección, titulada “A fin de que la sabiduría de Dios sea dada a conocer al enemigo”, el hermano Lee explica estos versículos de Efesios 3. Aunque pasaron meses antes de que yo viera al hermano Lee o lo escuchara compartir, comprendí que él era alguien en quien podía confiar: “El hombre que me muestre lo que esto significa, lo seguiré”. Al decir *lo seguiré* no me estaba refiriendo a seguirlo de una manera humana, sino a seguirlo debido a que es él a quien se le ha confiado el ministerio, la revelación, la visión y la palabra para esta era. Así que, yo no vine al recobro del Señor porque las reuniones fueran vivientes ni porque los santos me amaran. Sin duda alguna me amaban, pero eso no era lo que yo buscaba. Lo que yo buscaba era la iglesia genuina y también la respuesta a esta pregunta: “¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Puede alguien por favor decirme cuál es el propósito que Dios tiene y cuál es el significado del universo?”. Así que un hombre de Chifú, China, vino a California y dio mensajes acerca del propósito de Dios, los cuales fueron editados, publicados y distribuidos

según el principio de una sola obra de publicación. Con el tiempo, llegaron a las manos de este pobre hombre egresado de un seminario, y los velos fueron quitados. Entonces vi cuál era el propósito eterno de Dios. ¡Aleluya!

Dios mismo, no nosotros, debe ser la fuente de la obra y Aquel que la inicia

Dios mismo, no nosotros, debe ser la fuente de la obra y Aquel que la inicia (Mt. 15:13; 1 Co. 8:6). Dios es el Padre, y todo procede de Él (Ro. 11:36). En nuestra obra tenemos que evitar cometer el pecado de la presunción, esto es, el pecado de actuar independientemente de Dios para hacer algo que Él no nos ha encargado hacer, y de iniciar una obra que Él no nos ha dicho que hagamos (Sal. 19:13; Num. 18:1-7).

La obra de Dios únicamente podrá continuar y avanzar por el poder de Dios, no por nuestro poder

La obra de Dios únicamente podrá continuar y avanzar por el poder de Dios, no por nuestro poder (2 Co. 3:5; Fil. 3:10).

El resultado de la obra de Dios redundará en beneficio de la gloria de Dios, no de nuestra gloria

El resultado de la obra de Dios redundará en beneficio de la gloria de Dios, no de nuestra gloria (Jn. 7:17-18; 8:50; 12:43; Ef. 3:21). ¡A Él sea la gloria en la iglesia!

Si al edificar la iglesia realizamos nuestra obra en virtud de nuestro hombre natural (madera), de nuestro hombre caído y carnal (heno) o de cualquier cosa que proceda de una fuente terrenal (hojarasca), dicha obra será consumida por el fuego

Si al edificar la iglesia realizamos nuestra obra en virtud de nuestro hombre natural (madera), de nuestro hombre caído y carnal (heno) o de cualquier cosa que proceda de una fuente terrenal (hojarasca), dicha obra será consumida por el fuego (1 Co. 3:12-13, 15).

Cada uno de nosotros debe mirar cómo edifica la iglesia; debemos ser de aquellos que edifican con la Trinidad Divina, es decir, con los materiales preciosos y transformados

Cada uno de nosotros debe mirar cómo edifica la iglesia; debemos ser de aquellos que edifican con la Trinidad Divina, es decir, con los materiales preciosos y transformados (vs. 8, 10, 12-13).—R. K.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

La realización del edificio divino (Mensaje 10)

Lectura bíblica: 1 Ti. 3:15; 1 Co. 3:16-17; Ef. 1:22-23; 2:21-22; 4:12, 16

- I. La realización del edificio divino es la iglesia expresada en muchas localidades como la casa de Dios para ser la morada de Dios, el templo santo en el Señor—1 Ti. 3:15; Ef. 2:21-22; 1 Co. 1:2; 3:16-17:
 - A. El edificio divino tiene tanto un aspecto universal como un aspecto local—Ef. 2:21-22:
 1. La frase *todo el edificio*, mencionada en Efesios 2:21, denota el edificio universal, el edificio que es la iglesia en un sentido universal:
 - a. En Cristo todo el edificio se acopla bien y va creciendo para ser un templo santo en el Señor.
 - b. El edificio es una entidad viva (1 P. 2:5) y, por tanto, crece; de hecho, la edificación de la iglesia como casa de Dios se lleva a cabo mediante el crecimiento de los creyentes en la vida divina—Ef. 4:15-16.
 - c. Al referirnos al edificio universal, debemos ver claramente la diferencia que existe entre tal edificio y una organización; las iglesias serán edificadas conjuntamente en el ámbito universal, pero jamás serán universalmente organizadas—2:21.
 2. Las palabras *vosotros también*, mencionadas en Efesios 2:22, indican que el edificio del versículo 21 es universal, mientras que el edificio del versículo 22 es local:
 - a. En su aspecto universal, la iglesia es una sola y va creciendo para ser un templo santo; en su aspecto local, la iglesia que se encuentra en una localidad particular también es una sola, y los santos locales son edificados para morada de Dios en su respectiva localidad.
 - b. La edificación universal únicamente puede lograrse mediante la edificación local—1 Co. 14:4-5, 12.